

Reseña / Review

Hernán Camarero, *Tiempos Rojos. El impacto de la revolución rusa en la Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2017.

La incidencia en Argentina de la revolución rusa de 1917

Diego Ceruso

Universidad de Buenos Aires / CONICET

“Desde los hombros curvos / se arrojaron los rifles como viaductos. / Las barricadas que cicatrizan las plazas / vibran nervios desnudos. / El cielo se ha crinado de gritos y disparos. / Solsticios interiores han quemado los cráneos. / Uncida por el largo aterrizaje / la catedral avión de multitudes quiere romper las amarras / y el ejército fresca arboladura / de surtidores-bayonetas pasa / el candelabro de los mil y un falos. / Pájaro rojo vuela un estandarte / sobre la hirsuta muchedumbre estática” (Borges 1921). Así plasmaba su admiración por la Revolución rusa un joven Jorge Luis Borges en el poema “Gesta maximalista”. Expresión del apoyo y la simpatía que habían generado los sucesos en amplios círculos políticos, artísticos e intelectuales en varias latitudes. En *Tiempos Rojos. El impacto de la Revolución rusa en la Argentina*, Hernán Camarero analiza las repercusiones que aquel 1917 tuvo en esos ámbitos y en la sociedad en su conjunto. A través de seis capítulos, la obra repasa la incidencia de la gesta revolucionaria en la clase obrera, las izquierdas, el gobierno, las relaciones diplomáticas, las derechas y la cultura, entre otros ámbitos.

Camarero concentra su explicación en el primer lustro, pues “es que hacia 1922 finalizaron el ascenso y la expansión inicial de la revolución y la Komintern”

y eso permite al libro ganar especificidad en el abordaje de los temas. Orientado a un público que excede el estrictamente académico, con rigurosidad documental y bibliográfica, el libro se inicia con un primer capítulo en donde se narra en detalle las incidencias del proceso revolucionario a partir de la caída del zar, pasando por la toma del poder bolchevique, la construcción del nuevo Estado, la guerra civil, el comunismo de guerra, la creación de la Internacional Comunista (Komintern), entre muchos de los intrincados eventos de aquellos años en Rusia. Este apartado se destaca por una exploración que permite captar en toda su dimensión el proceso revolucionario y su significancia a nivel mundial por el impacto en las culturas políticas de todo el espectro ideológico e institucional.

El capítulo dos se sumerge de lleno en la geografía argentina mostrando la reacción del gobierno de Hipólito Yrigoyen. Allí, se opera en diferentes niveles que van desde las impactadas relaciones diplomáticas y comerciales con el naciente nuevo régimen ruso hasta la respuesta represiva gubernamental frente al ciclo de huelgas iniciado a fines de 1916 que se extendió hasta 1921. En este último recorrido, se presenta el escenario de alta conflictividad obrera, con un pico en la Semana Trágica de enero de 1919, al que el gobierno radical, la clase dominante y las derechas adosaron rápidamente una atmósfera de peligro maximalista y temor frente al “contagio” revolucionario en estas latitudes. El “complot soviético” estuvo a la orden del día por aquellos años y permitió la réplica implacable estatal y la conformación de “guardias blancas”, la más conocida la Liga Patriótica Argentina, al servicio de la represión a los trabajadores. Interesante resulta en este capítulo la identificación de algunos itinerarios de emigrados que llegados a la Argentina influyeron en el mundo obrero y de las izquierdas, entre los que se destaca el de Ida Bondareff, nacida en Ucrania y ferviente impulsora de la revolución en Argentina.

Los capítulos tres y cuatro encaran el análisis de la experiencia de las dos expresiones partidarias de izquierda que mayor impacto acusaron del proceso ruso. En esas páginas puede advertirse un Partido Socialista (PS) que celebra el derrocamiento del zar en los eventos de febrero y observa allí el inicio de una revolución a nivel mundial aunque de un tono específico: “se aludía a una revolución democrática, que abría curso a la conquista de las libertades individuales, civiles y políticas. Pero a la vez, implicaba la lucha por la justicia social y las reformas a favor de los trabajadores, y era allí donde asumía un sentido vagamente socialista, pero de orientación indeterminada, sin temporalidad, tareas, sujetos o procesos claramente establecidos” (142). El permanente seguimiento a través de su periódico *La Vanguardia* permitió al PS posicionarse en favor del

gobierno provisional, sus labores moderadas y su permanencia en la guerra mundial al tiempo que, ocurrida la insurrección de octubre, demoró unos días en descalificar la acción bolchevique como “un golpe de Estado de los maximalistas”. Casi en simultáneo a la toma del Palacio de Invierno, el socialismo argentino lidió con un grupo interno que, con críticas de larga data, confluyó con sectores afines a la Revolución y terminaron conformando a comienzos de 1918 el Partido Socialista Internacional (PSI) que, más allá de su perfil heterogéneo, saludaba fervientemente los sucesos encabezados por los bolcheviques.

El apoyo a la revolución rusa por parte del PSI fue cada vez más explícito, aunque no unánime. El devenir del proceso revolucionario y la creación de la Komintern como instancia internacional en conexión con las instancias nacionales, redefinieron el escenario en agosto de 1920 en su segundo Congreso al estipular las condiciones de sus miembros. De inmediato, el PSI acusó el llamado y a fines de aquel año procedió con los pasos necesarios para convertirse en el Partido Comunista argentino (PC). El detallado relato de este capítulo cuatro muestra una estructura partidaria naciente en sus dificultosos esfuerzos por vincularse a la Internacional Comunista, definir su línea política, clarificar sus representantes y voceros y otras circunstancias en las que destacan, por ejemplo, la labor de Félix Weil, perteneciente a una prominente familia de la burguesía, y que abrazó la causa comunista incluso llegando a ser emisario kominterneano. Debe destacarse el aporte que hace el autor en estas páginas al reconstruir minuciosamente la labor de los diversos emisarios internacionales en su relación con las figuras más encumbradas del recién nacido PC que se constituía como el heredero natural de la Revolución rusa en Argentina.

Pero el impacto en las izquierdas no se limitó al socialismo y al comunismo. Camarero avanza en el capítulo cinco en el análisis de la irrupción del fenómeno revolucionario en el anarquismo y el sindicalismo revolucionario. En ambos campos ideológicos, tras una inicial simpatía, se muestra un nítido parteaguas que fue dejando opositores y defensores dentro de cada una de las orientaciones políticas mencionadas. Así, se revelan dos fracciones que adhieren y muestran su apoyo claro al nacimiento del nuevo régimen: los denominados peyorativamente “anarcobolcheviques”, entre los libertarios, y los *sindicalistas rojos*, entre los segundos. De muchísima menor incidencia en las izquierdas y entre los trabajadores respecto del socialismo y el comunismo, la identificación de los grupos de apoyo y detractores enriquece el balance en las izquierdas argentinas y presenta las variables argumentales al respecto. En este mismo capítulo se presenta la posición del catolicismo y las derechas. La Iglesia y las organizaciones

ligadas formal e informalmente a ella procedieron con una esperable aversión anclada en el rechazo a lo que entendían era una alteración de un “orden natural”. Esa agresión, en su opinión, se hilvanaba con sucesos como la Reforma Universitaria de 1918 a la cual calificaban de “barbarie” impulsada por los maximalistas.

El heterogéneo campo de las derechas tampoco se privó de accionar en oposición a toda influencia revolucionaria. La creación de estructuras que pudieran combatir y contrarrestar ese fantasma izquierdista estuvo a la orden del día. El libro avanza en el desglosamiento de la tarea de la Liga Patriótica Argentina que funcionó como un grupo paraestatal, de gran vitalidad por aquellos años, que agrupó a sectores diversos de la sociedad (patrones, capas medias, oficiales estatales, eclesiásticos, entre otros) en respuesta y persecución a los impulsores de una imaginada revolución en ciernes y en rechazo al gobierno yrigoyenista, que era caracterizado con acusaciones que iban desde la desidia e inacción hasta el envalentonamiento a través de medidas de tinte “obreristas”. Por su parte, se narra la acción de la Asociación del Trabajo que estuvo integrada por las principales entidades patronales como la Bolsa de Comercio y la Sociedad Rural y que no desestimó tomar elementos de grupos previos como los Círculos Católicos de Obreros, aunque sus lazos referenciales y de continuidad la ataban más estrechamente a la Sociedad Protectora del Trabajo Libre. La Asociación lideró los esfuerzos por trabar todo tipo de legislación que beneficiara a los trabajadores y plantearse como el adversario de la labor de los sindicatos y sus organizaciones políticas postulándose como un agente profiláctico frente al avance rojo. También publicó su *Boletín de Servicios* en donde ofrecía a sus socios la posibilidad de acceder a rompeshuelgas, vigilancia, colocación de personal no agremiado e información variada en el mismo sentido. El fantasma comunista fue azuzado desde los sectores más orgánicos y el libro repone en ese sentido las posiciones de diversas publicaciones como *La Fronda*, *El Pueblo* y *La Concordia*, entre otras de las ediciones representantes del conservadurismo que se percibía como “custodio” de valores “nacionales” y “tradicionales” presumiblemente amenazados por “la cantidad de ideas avanzadas que se habían infiltrado entre la parte de la población tranquila”, como expresaba el masivo *La Prensa* en los días más álgidos del verano de 1919.

En el último capítulo del libro, el autor comienza por mostrar algunos hechos que muestran “el inicio de una etapa de estabilización e institucionalización de la revolución” (265) y que justifican el punto de llegada del estudio en torno a 1922. La instauración de la Nueva Política Económica, los

cambios organizativos en la Internacional Comunista, la creación en diciembre de 1922 de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, entre otros. Estos elementos se acoplaron al fin del ciclo de protestas en la Argentina que impactó en la relación del PC, la Komintern, y obligó a discutir los pasos a seguir en el sendero de ganar presencia por parte del comunismo en el movimiento obrero. Esta última sección, además, repasa más puntualmente en el plano cultural al rastrear la adhesión a cierta atmósfera impulsada por la Revolución rusa de una porción del mundo del arte e intelectual. Allí se destacan por ejemplo escritores como el ya mencionado Jorge Luis Borges, Leopoldo Marechal, Elías Castelnuovo, Leónidas Barletta o Álvaro Yunque, entre muchos otros que pertenecieron a las vanguardias literarias de aquellos años como los grupos Boedo y Florida. Resalta el caso de Borges que por aquellos primeros años posteriores a octubre delineó los poemas “Rusia”, “Gesta maximalista” y “Guardia roja”, que lo mostraban como un ferviente defensor de la experiencia bolchevique.

De conjunto, *Tiempos Rojos* aborda de modo detallado la influencia que la Revolución rusa tuvo en la Argentina y reconstruye las percepciones y experiencias que de allí se derivaron. Con una escritura ágil y con rigurosidad investigativa, Hernán Camarero nos ofrece en esta obra un análisis del modo en el que los planos políticos, sociales, económicos y culturales de la Argentina fueron conmovidos por uno de los procesos más significativos de los tiempos contemporáneos. El desafío de trazar una hoja de ruta que equilibre el relato de los sucesos con una aguda mirada analítica se zanja en estas páginas de un modo que, a sabiendas que existen múltiples aristas aún por indagar, nos provee un lúcido, completo y crítico estudio acerca de la incidencia en Argentina de aquella lejana, vigente y fenomenal transformación revolucionaria.